

Colección
PROVECTA **ætas**

I

Cuentos

escritos desde
la experiencia

UNIVERSIDAD DE LA EXPERIENCIA
INSTITUTO DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Colección
PROVECTA **detas**

I

Cuentos

escritos
desde la
experiencia

Taller de “Norma y estilo en la redacción”

Colección
PROVECTA **ætas**



PROVECTA AETAS
UNIVERSIDAD DE LA EXPERIENCIA
ICE

DIRECCIÓN: AGUSTÍN UBIETO ARTETA

© Los autores

© Ilustración de portada: *Casas en L'Estaque* (1908), Braque

© Universidad de Zaragoza

EDITA

Universidad de Zaragoza

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Talleres Editoriales Cometa, S.A.

DEPÓSITO LEGAL: Z-2482-03

ISBN: 84-7791-209-2

IMPRESIÓN

Talleres Editoriales Cometa, S.A.

Cuentos
escritos
desde la
experiencia



Coordinadora:
M.^a Antonia Martín Zorraquino

Taller “Norma y estilo en la redacción”

Autores:

Elvira Aznar

María Teresa Bañón

José Antonio Cubero

Consuelo Dorado

María de los Ángeles Félez

Margarita Fernández

María Jesús Gimeno

Elisa Gracia

Joaquín Gros

Teresa Larena

José Larraga

Luisa Lasheras

Juana López

María Antonia Martín

Lida Omella

Ana Portolés

Concepción Rico

Jesús Zapatero

Taller

“Norma y estilo en la redacción”

Índice

Nace Provecta Aetas	9
A modo de prólogo-recuerdo	15
Día de Reyes Magos	19
Una lección	23
Daniel y los zorritos	25
El último día	31
Nana	37
Chiqui, la perrita	39
La niña que quería ser jotera	43
El molinero y el asno	45
El patito Patachín	49
Un coche fantástico	53
El regalo de Navidad	55
Cuento de Navidad	59
La mesa	61
Mari Pepa y la luna	63
La estrella de Quique	65
La ardilla traviesa	69

La jirafa del cuello corto	75
Nana	79
Luis y el grillo	81

NACE PROVECTA AETAS

La primera Universidad de la Tercera Edad [UTE] nació en Toulouse, en 1973. No tardaron en surgir numerosas instituciones públicas y privadas de características similares, aunque bajo formas y fórmulas múltiples e incluso muy diferentes del modelo original –de manera que no se puede decir que exista un modelo ‘oficial’– y adaptadas en cada caso a su entorno socio-cultural. En realidad, es casi imposible diseñar una lista exhaustiva de las distintas formas adoptadas por las UTEs, pero lo cierto es que todos los ‘modelos’ existentes intentan dar respuesta a la enorme necesidad de las personas mayores en materia de educación.

Al denominarse como ‘universidades’ tratan, por una parte, de ofrecer garantías a sus estudiantes acerca de la calidad de la enseñanza impartida, en la medida de lo posible, por docentes universitarios o asimilados. Y, por otra,

pretenden darles el sentido de ‘universalidad’ porque no imponen criterios de acceso a sus cursos (en razón de la edad, sexo, nivel de estudios), de modo que las UTEs no excluyen a las personas que no han hecho estudios universitarios; buscan, por el contrario, hacerles alcanzar, a su ritmo, un buen nivel de conocimientos. El número global de este tipo de universitarios en el mundo sobrepasa con creces los tres millones. Se trata, por lo tanto, de un movimiento social muy importante.

La población afectada –cada vez más numerosa– está constituida por personas relativamente jóvenes (unas, que han pasado los 60 ó 65 años, están en activo todavía; otras, con menos de 60 años, se encuentran ya jubiladas), que demandan posibilidades de formación. De ahí que la denominación inicial de “universidad de la tercera edad”, sobre todo en Europa occidental, ha ido cambiando paulatinamente, y la AIUTA (“Asociación Internacional de las Universidades de la Tercera Edad”) ha visto cómo poco a poco se federaban a ella instituciones denominadas “universidades de la tercera edad”, de los “mayores”, del “medio de la vida”, de los “adultos”, del “tiempo libre” o del “tiempo disponible”, “universidad para todos”, “inter-edades”, “para todas las edades”, “universidad en la vida”, “universidad sin fronteras”, “universidad de la experiencia”, “universidad abierta”, “academia para seniors”, “universidad para los jubilados”, etc., sin contar multitud de denominaciones difíciles de traducir del francés, inglés, alemán u otras lenguas europeas.

A pesar de las múltiples denominaciones, la AIUTA ha preferido conservar el término “universidad de la tercera edad” como denominación básica, sin duda porque ha debido tener en cuenta el estado y la evolución del movimiento a través de todo el mundo. Como institución internacional que es, ha preferido sobrepasar el marco estrecho de la entidad geográfica constituida por Francia, Bélgica y Suiza –donde esta denominación no gusta–, para tener en cuenta lo que existe más allá: así, en Italia, en España, en los Países Bajos, en Portugal, en Gran Bretaña, en América latina, en Australia, en China, en Japón, en Polonia, en la República checa, e incluso en los Estados Unidos... no se habla de “universidad del tiempo libre”, sino de “Third Age University”, “Universidad de la Tercera Edad”, de la “Tercera Idade”, de la “Terza Eta”, de “Hoger Onderwijs voor Ouderen”, de “Universytet Trzeciego Wieku”...

En definitiva, las UTEs desarrollan una función social, luchando contra la soledad y el aislamiento constituyendo una apertura del mundo universitario hacia el exterior, al mismo nivel que otros servicios de formación continua.

En cualquier caso, los estudiantes de las UTEs son mayoritariamente –al menos en Europa– idénticos: se trata de un público muy particular, de personas de una cierta edad, es verdad, pero, también, personas activas, dinámicas, llenas de proyectos y, sobre todo, con buena salud y con un nivel de formación superior a la media, en

suma personas con las que hay que contar para la construcción del porvenir y que desean ser útiles en esta construcción.

La AIUTA es actualmente una ONG no subvencionada, reconocida por las instancias internacionales, que tiene un delegado ante la UNESCO y ante el Consejo de Europa. Desde cualquier punto de vista que se considere, el movimiento es importante e imparable.

A pesar de la relevancia social de las UTEs en el mundo, en España este movimiento “universitario” es muy tardío, aunque tras las primeras y tímidas experiencias (Universidad Pontificia de Salamanca, Universidades de Alcalá de Henares, Carlos III de Madrid, universidades catalanas, Granada o Sevilla) hoy todas las universidades hispanas ofrecen esta fórmula de enseñanza, aunque son muy desiguales en virtud de los servicios ofrecidos.

La Universidad de Zaragoza, de la mano del Departamento de Sanidad, Consumo y Bienestar Social de la DGA, tras un intento fallido en 1996, se sumó por fin al movimiento, abriendo las aulas de la denominada “Universidad de la Experiencia de Zaragoza” [UEZ] en el curso 2001-2002, vinculada al Instituto de Ciencias de la Educación, y con tres sedes (Zaragoza, Huesca y Teruel), desarrollando tres programas distintos a lo largo de tres cursos académicos. Ello quiere decir que al finalizar el curso 2003-2004 habrá pasado la primera promoción de

estudiantes mayores, que ya sueñan con relizar el viaje de estudios.

Dentro de la variedad de actividades de la UEZ, los “talleres” tienen una gran aceptación por su dinamismo y posibilidades de participación. “Tradición oral”, “Inglés para viajar”, “Mejora de la memoria en personas mayores”, “Introducción a la investigación histórica. El cómic como fuente histórica” o “Norma y estilo en la redacción” son algunos de ellos. Precisamente, el primer número de la Colección ‘Provecta Aetas’ que ahora aparece recoge el fruto del trabajo del taller dirigido con mano sabia y entrañable por la doctora Maria Antonia Martín Zorraquino, catedrática de nuestra Universidad. Diecisiete alumnas y alumnos, a los que se suma la propia directora del taller, nos ofrecen dieciocho hermosos cuentos surgidos desde la experiencia de sus autores para deleite de todos.

Agustín Ubieto Arteta
Director de la UEZ

A MODO DE PRÓLOGO-RECUERDO

Los cuentos que aquí se recogen han sido elaborados en el taller “Norma y estilo en la redacción” que la Universidad de la Experiencia de Zaragoza ha programado dentro del primer cuatrimestre del curso 2002-2003. Constituyen un recuerdo muy especial. Fueron escritos en torno a las fiestas de Navidad del 2002 (alguno –impuntual y tardoncete– se rezagó hasta finales de enero del nuevo año).

Se dice que el cuento, por oposición a la novela –nacida para ser leída, y, por tanto, escrita previamente–, posee un alma oral. Y eso, hasta cierto punto, se cumple en los que el lector va a tener entre sus manos. Aunque escritos, reflejan en varios casos una cadencia hablada. Como si su autor, o autora, estuvieran contándoselos a alguien. En muchas ocasiones, se adivina el auditorio: son los nietos, y las nietas –o los hijos y las hijas–, de los contadores. De

hecho, en varios de ellos se nos descubren, más o menos explícitamente, historias –anécdotas– de nietos, de hijos, y, sobre todo, de nietas, vividas este año, o hace poco tiempo, por sus autores y autoras. El taller de redacción ha permitido que todas esas historias quedaran fijadas, vivas, en el papel escrito. Ello justifica, sin duda, esta pequeña colección y la atesora.

Los cuentos aquí reunidos se ajustan frecuentemente a los patrones más tradicionales: esos comienzos con “érase una vez” o “había una vez una niña”, y esas líneas finales con los clásicos “y colorín colorado, este cuento se ha acabado”. Pero en otras ocasiones, la redacción se hace más rompedora: el cuento recupera una historia más personal –la evocación de un viejo cochecito o de una pequeña perrita; la sencilla historia de una familia aficionada a la jota bailada; los juegos en el pueblo, con los amigos; o un lejano incidente, una tarde de verano, en el campo: vivencias que tal vez marcaron etapas o momentos felices, quizá añorados ahora, en las vidas de sus autoras y autores. Hay cuentos de ciudad y cuentos de pueblo. Hay cuentos de animales y cuentos de niños, con y sin animales. Hay cuentos en los que predomina el valor didáctico –¡esas abuelas que querrían que sus nietas renunciaran a los caprichos y fueran generosas y obedientes!–, y cuentos en los que se desborda la fantasía –los sueños de los veranos paseando por los bosques, o las aventuras de las jirafas en armonía con los osos en plena selva. No falta tampoco algún cuento que nos revela algo más punzante en la

sociedad actual: el deseo de los niños de ver más a sus padres (sobre todo, a su mamá), tan absorbidos por el trabajo profesional diario.

Nuestros cuentos no han nacido con afán de premio, pero están, sin duda, guiados por un deseo de pulcritud, de decoro en la redacción, y, sobre todo, han sido escritos –de acuerdo con el título de nuestro taller– con una voluntad, modesta pero decidida, de estilo. La mayoría de ellos son inventados. Pero hemos admitido también –advirtiendo a sus autores sobre la necesidad imperiosa de que indicaran lo ajeno de su procedencia– los textos “recogidos”, “retocados”, “adaptados”, ya que esta colección quiere ser, esencialmente, un recuerdo de las clases de los lunes –tan estupendas– que hemos compartido desde octubre a febrero (¡qué momento tan especial aquel en que cada autor o autora leyó su cuento –o el texto que había reelaborado– ante los demás!).

Quiero, finalmente, agradecer a José Antonio Cubero Fabro su preciosa ayuda para la preparación e impresión de este pequeño conjunto de cuentos. A su hijo, Álvaro Cubero Ruiz, por su colaboración para que todo ello fuera posible. A María Maorad, por su apoyo en la versión definitiva. Y, muy especialmente, al Prof. Dr. D. Agustín Ubieto, por la enorme alegría y satisfacción que nos ha proporcionado a todos al permitirnos publicar este librito.

María Antonia Martín Zorraquino (la profesora)

Día de Reyes Magos

por
Elvira Aznar Sancho

En una ciudad del este de España, vivía una familia compuesta por el matrimonio y dos niñas.

La mayor, Rocío, de 7 años, era una niña muy movida, atrevida y muy lista. Carmen, de 3 años, era dulce y cariñosa; le gustaba jugar con su hermana, pero ella, siempre le estaba haciendo rabiar. Cuando estaban juntas, eran pocas las veces que reinaba la paz: siempre había peleas por la más mínima tontería.

¡Rocío! –le decía la mamá–, si no te portas bien, los Reyes te van a traer ¡CARBÓN!

Ella había pedido que le trajeran una bicicleta y no creía que la iban a castigar. La manera de tratar a su hermana no mejoró, y se ganó el castigo anunciado.

Llegó el día de Reyes, y qué disgusto al comprobar que en sus zapatos sólo había carbón, y una nota que decía: “Sentimos no traerte la bicicleta, pero sólo premiamos a los niños obedientes, y tú no te portas bien con tu hermana y haces enfadar a tus papás; esperamos que rectifiques”.

A Carmen –su hermana– le habían traído lo que había pedido porque había sido buena.

Rocío se quedó muy triste, y este castigo tan serio (cosa que no esperaba) le sirvió para reconocer sus errores.

Sus papás las mentalizaron para que desde pequeñas supieran que las cosas hay que ganárselas, que no vienen por sí solas, y después de hablar con ellos, comprendió que estaba equivocada; prometió ser más obediente y tratar bien a su hermana.

Poco a poco se hizo más humilde con todos, y sobre todo, con su hermana. En el mes de mayo fue su cumpleaños; su comportamiento había mejorado mucho, y sus papás decidieron regalarle su ansiada bicicleta.

“¡Qué alegría! ¡Conseguí la bicicleta!”. Y agradeció el regalo, con una gran satisfacción; se sentía muy feliz.

Llegaron las vacaciones del verano y se marchó al pueblo con su abuela y su bicicleta. Se lo pasó a lo grande con sus amiguitas; allí había pocos coches y podría pasear en bici por las calles, sin peligro.

Este año para Reyes sus papás decidieron apadrinar a un niño de los que no tienen nada y Rocío y Carmen se pusieron muy contentas, pero era a cambio de que ellas se quedaran sin regalo (cosa que ya no les gustó tanto) porque ya tenían muchas cosas y hay que ayudar al que no tiene.

Y... decidieron complacer a sus padres y hacer feliz a un niño pobre quedándose ellas sin regalo.

Llegó el día de Reyes, y... ¡qué sorpresa!..., habían traído un regalo para ellas con una nota que decía:

“Vuestra buena voluntad no podía quedarse sin premio; habéis ayudado a un niño pobre y por haber sido buenas, no os vais a quedar sin vuestro regalo de Reyes.

Melchor, Gaspar y Baltasar”.

Una lección

por

María Teresa Bañón Martínez

Estela es una niña preciosa; tiene 10 añitos, una carita dulce, ojos castaños con espesas y arqueadas pestañas y una melena larga con reflejos dorados. Está rodeada de amor, posee tanto..., mas nunca está contenta.

Tiene una amiguita, su mejor amiga (como ella dice), a la que quiere mucho; se educan en el mismo colegio, de ahí su amistad, pero la niña de mi cuento pertenece a una clase social media, mientras que su compañera proviene de una familia económicamente elevada.

Cada vez que Estela visita la casa de su amiga, se queja de todo, compara y no valora nada de lo que tiene en la suya.

Su abuelita, que la quiere muchísimo, pensó que necesitaba una lección; le dijo: “El próximo domingo vas a

acompañar a unas amigas mías a llevar regalos a varias familias”.

Ella se puso muy contenta y no cesaba de preguntar: “¿Lo pasaré bien? ¿Podré jugar?”. “Hay niños de tu edad”, contestó su abuelita. “Eso sí, quiero que me prometas que te fijarás muy bien en todo, como haces cuando vas a casa de tu amiguita”. “Sí, sí”, contestó la niña.

Los días se hicieron largos, pero el domingo finalmente llegó y ella se marchó contentísima con sus regalos, dispuesta a no perder detalle de lo que iba a ver. Pero a su regreso... estaba muy triste, se abrazó a su abuelita y le dijo: “¡Cuántas cosas tenemos! Nuestra casa es preciosa, papá no está enfermo y todos me queréis mucho... Somos felices, ¿verdad abuelita?”. “Claro, Estela”, le contestó ella abrazándola fuertemente.

Había visitado a una familia que vivía en una chabola con cuatro hijos y el padre enfermo; para la niña fue una lección dura.

Pero desde entonces, es un encanto, da gracias a Dios por todo lo que recibe, jamás ha vuelto a quejarse. Ahora sabe que hay muchas personas que poseen más que ella, aunque no olvida que hay muchas otras que no tienen nada.

Nota para el lector: Estela es mi duodécima nieta.

Daniel y los zorritos

por

José Antonio Cubero Fabro

Daniel tenía 9 años, era hijo único y vivía en un pueblo muy pequeño. Tan pequeño que no vivía en él ningún otro niño con quien pudiera jugar. Su padre era agricultor y cultivaba las fincas que poseía, mientras que su madre se ocupaba de las tareas del hogar y de atender a las gallinas, cerdos, patos y demás animales domésticos que compartían un enorme corral contiguo a la casa.

Para ir a la escuela, su padre lo llevaba en coche todas las mañanas a un pueblo cercano, y lo recogía al salir de ella por las tardes.

Los días que no iba a la escuela, Daniel acompañaba a su padre al campo y, mientras éste se dedicaba a su trabajo, él disfrutaba observando el vuelo de toda clase de pájaros con los prismáticos que le habían regalado en su último cumpleaños, o se dedicaba a examinar los arbustos y las

flores, cuyos nombres había aprendido desde muy pequeño. También le gustaba, en el buen tiempo, chapotear en un riachuelo próximo.

Cuando hacía mucho frío o llovía, su padre no le permitía acompañarle y se quedaba en casa ayudando a su madre a cuidar de los animales.

Un día, sucedió una cosa terrible. Se declaró un pavoroso incendio en un pequeño bosque, muy cerca de donde tenía el padre de Daniel una finca de labor. Gran parte del mismo quedó totalmente calcinada. Al extinguirse las llamas, Daniel y su padre se dirigieron al campo de cereal que estaba lindando con el bosque, alarmados por lo que había pasado.

Afortunadamente, el trigo se había salvado. Mientras su padre revisaba escrupulosamente toda la finca, Daniel se acercó a ver los restos de la quema. De pronto, divisó a una pareja de zorros corriendo arriba y abajo por un camino paralelo a la orilla del antiguo pinar, dando de vez en cuando unos tremendos giros y saltos que parecían de desesperación. Daba la impresión de que no se atrevían a internarse en el bosque, porque entraban unos metros y enseguida retrocedían y volvían a correr hacia un lado y otro. Daniel llamó a su padre y ambos estuvieron un buen rato contemplando las idas y venidas de los zorros intentando adivinar el motivo de su actitud.

–Daniel –le dijo su padre–, creo que ya sé lo que les pasa. Tienen la madriguera dentro del bosque, habrán salido a cazar para alimentar a sus zorritos y ahora no pueden encontrarla porque el aire está impregnado de cenizas y olor a quemado y su olfato no es capaz de orientarles. Además, la vista tampoco les permite buscarlo, porque, al quemarse todo, no reconocen el paisaje y están desesperados por sus crías.

–¿Cómo podemos ayudarles? –preguntó Daniel.

–Si quieres, echamos un vistazo, pero te advierto que es tan difícil dar con ellos como encontrar una aguja en un pajar –le dijo su padre.

Así pues, se adentraron en el bosque –que ofrecía un aspecto desolador– y dieron vueltas y vueltas sin hallar lo que buscaban. Los zorros –padre y madre– seguían en el lindero olisqueando y saltando, pero sin penetrar en el mismo.

Daniel y su padre estaban ya a punto de rendirse, porque estaba anocheciendo, cuando vieron un claro en forma de círculo, que se había librado de las llamas porque no había árboles y el suelo estaba lleno de guijarros sueltos con un montículo en el centro, en cuya base había un tronco añoso cubierto de piedras y musgo. Se acercaron, y el padre de Daniel, que tenía un oído prodigioso y acostumbrado a los ruidos del campo, oyó unos lamentos

que procedían del interior de una especie de cueva que había excavada debajo del viejo tronco.

–¡Aquí están las crías, Daniel! –exclamó.

Aguzaron los oídos y, efectivamente, del interior de la madriguera salían unos lastimeros gemidos procedentes de los zorritos, que llamaban desesperadamente a sus padres.

Intentaron sacarlos para llevarlos a casa y alimentarlos, pero sus brazos no alcanzaban el fondo de la cueva y tuvieron que desistir, porque además la noche se les había echado encima.

–Vamos a casa y, mientras cenamos, pensaremos alguna manera de ayudarles. Mañana volvemos –dijo el padre.

Durante la cena, los tres –la madre había sido informada por Daniel de toda la peripecia– se estuvieron estrujando el cerebro en busca de cómo salvar a los animalitos o, lo que sería mejor, conseguir que los padres los encontraran.

Daniel no durmió en toda la noche, dando vueltas y vueltas al asunto. Por la mañana, como era domingo, su madre le preparó un desayuno especial con unas tortitas deliciosas en las que vertía un chorrito de miel.

Seguía Daniel absorto en sus pensamientos sobre los zorritos, cuando al dar un mordisco a la torta notó el dulzor de la miel y dio un brinco de alegría.

–¡Ya lo tengo! Si untamos con miel una vara lo suficientemente larga para que llegue hasta donde están los zorritos, con el hambre que tienen se pondrán a chupar y chupar a lo largo del palo, hasta que asomen por la boca de la cueva y así los podremos coger y salvar.

Buscó la vara, cogió un frasco entero de miel, apremió a su padre y partieron hacia el claro del bosque.

La idea de Daniel tuvo un éxito total. En unos pocos minutos lograron sacar a los ¡cuatro! zorritos que había en la madriguera. Eran una verdadera preciosidad.

–No tendrán más de un mes –dijo el padre.

Los depositaron delicadamente en un capazo al que habían puesto abundante paja en el fondo, y fueron al lindero del bosque, donde suponían que seguirían merodeando sus padres.

Los vieron enseguida. Estaban a una distancia prudencial, pero con la mirada fija en ellos y las orejas en alto como presintiendo algo. Dejaron cuidadosamente el capazo en el suelo y se retiraron silenciosamente a un lugar desde el que observar la reacción de los zorros. Éstos se fueron acercando muy despacio al principio,

mirando continuamente a su alrededor para cerciorarse de que nadie les molestaba, pero enseguida se abalanzaron sobre el capazo llenando a sus crías de toda clase de caricias y lamidos. Luego, uno de los zorros se quedó con ellos, mientras el otro iba sacando uno a uno a los pequeños y se los llevaba prendidos de sus dientes hacia una pequeña chopera que había en las orillas del cercano riachuelo, donde seguramente estaba preparada la nueva madriguera.

Y cuando acabaron el traslado, desde lo alto de la cuesta que bajaba hacia el río, se volvieron y, mirando hacia el lugar donde se encontraban Daniel y su padre, empezaron a realizar toda serie de saltos y cabriolas mientras emitían aullidos de alegría en agradecimiento a los salvadores de sus crías.

El último día

por

Consuelo Dorado Ramón

Aminorando el paso y saltando sobre los obstáculos que hallábamos en el camino, íbamos subiendo al monte, acompañadas con el canto alegre de las golondrinas.

En el laberinto del camino, la princesita corría y corría..., cualquier cosa le hacía reír. Era el último día de las vacaciones de verano, también nuestra última aventura por el bosque.

Señalando al cielo con el dedo y cantando las canciones que había aprendido en el colegio, me preguntó:

–Oye, yayi, eso que brilla allí... arriba... ¿qué son: aviones o estrellas?

–Aquella que brilla tanto, la que está más cerca de la luna, tal vez sea la estrella Orionidas, que sale a finales de agosto. Desde la tierra se ve mejor su brillo.

Fue avanzando la noche. La princesita, con una sonrisa que afloraba de sus labios, me preguntó.

–¿Y por qué no podemos hacer salidas todas las noches?

Con cariño la senté encima de una piedra y le dije: “Esta forma de vivir no la podemos llevar siempre”.

–¿Y por qué esta noche es distinta de todas las demás?

–Te lo iré contando por el camino –le contesté al mismo tiempo que la llevaba de la mano.

En medio del silencio del bosque continuábamos caminando.

De la tierra húmeda salían gusanitos de luces, que se arrastraban entre la hierba, las floridas ramas, y a veces en la hojarasca marchita.

–¡Son de muchos colores los gusanitos! –decía señalando y gritando. Con cuidado íbamos cogiendo algunos y los metíamos en la cestita que llevábamos.

Sujetando cada una de nosotras nuestro farolillo, a corta distancia de donde estábamos, nos quedamos fascinadas al ver tantas lucecillas brillantes, mirándolas y gritando:

–¡Oye, yayi, mira cuántos enanitos... mira cuántos...!

Me quedé quieta, contemplé sus brillantes ojos y su rostro arrebolado, la rodeé con mis brazos, y, al mismo tiempo, de mis ojos salieron lágrimas; después le contesté: “Sí, son muy brillantes... ¿te gustan?”.

–¿Y si son duendes en vez de enanitos? –volvió a preguntar.

Seguimos subiendo; era fascinante ver tantas luces brillantes. Había de todos los colores. Ante nuestros ojos, en la orilla del camino, debajo de las coníferas estaba toda la familia de los hongos. Eran viscosos y sedosos; sus sombrerillos, que tenían forma de rosetas y de abanicos, presumían de un rico colorido: blancos, anaranjados, ferruginosos y escarlatas; algunas tenían un brillo radial.

Al ser desconocedoras de la materia, podíamos confundir las comestibles de las venenosas y las cogíamos con cuidado. Pero siempre preferíamos cortar las más grandes y brillantes.

Nuestra cestita se iba llenando de gusanitos y de setas de todos los colores. Eran tan brillantes como los ojos de mi princesita; los abría tanto, que los conejillos se asomaban entre los arbustos, al verla pasar por el camino.

Todo era silencio. No se oía ni el menor ruido. Después de descansar, decidimos emprender la vuelta a casa.

De pronto, a través de los árboles, a un lado del camino, vimos una luz. Faltaba muy poco para llegar a casa. Nuestra larga noche tocaba a su fin. Felices, dejamos atrás los robles. Mi pequeña Beatriz decía: “no volvamos todavía a casa; no volvamos...; volvamos otra vez a ver a los conejitos blancos.”

–No puede ser –le contesté. Al año que viene haremos otra salida por la noche.

–¿Me lo prometes?

–¡Te lo prometo!

Al abrigo de los barrancos que nos conducían a casa, el agua del río nos daba, con el eco, un salmo de despedida.

Apagamos los candiles. Las primeras luces del alba dejaban descansar a la noche. Los jilgueros con sus trinos interrumpían el silencio del alba.

Los gallos empezaban a cantar el qui...qui...riqui... Daban los buenos días, pero Beatriz se hacía la soñolienta.

El conejillo movió siete veces las agujas del reloj y parecía decirle: “Bea, que tienes que levantarte, es la hora de ir al cole.”

Al poco tiempo, un perrito le ladró ocho veces y le dijo: “Guau...guau...guau..., que te van a castigar por llegar tarde, no vas a poder tomarte el desayuno.”

Con pereza se levantó, miró el reloj y les dijo: “Hoy no voy a ir al cole. Estoy aún de vacaciones. Vamos a terminar de hacer la excursión; nos iremos a la playa y nos subiremos en un patinete. Pasaré el último día de vacaciones con vosotros.”

Nana

Autora:

Carmen Bravo Villasante

Recogida y abreviada por

María de los Ángeles Félez Fernández

Con decirle a mi niño
que viene el coco,
le va perdiendo el miedo
poquito a poco.

Duérmete, negrito,
que tu mamá
está en el campo.

Duérmete, negrito,
que tu mamá
está en el campo.

Trabajando, sí.
Trabajando, no.

Chiqui, la perrita

por

Margarita Fernández Tajahuerce

Érase una perrita pequeña, vivaracha y muy lista, que vivía con sus amos en una ciudad.

Un día, la llevaron sus dueños al campo con el fin de que disfrutase de la naturaleza. Como era muy curiosa, comenzó a corretear, persiguiendo a los pájaros, a las mariposas, los saltamontes y lagartijas, y sin darse cuenta se alejó tanto, tanto, que no recordaba el camino para volver donde estaban sus dueños; pero no muy lejos divisó unas casas y pensó: “¿será un barrio de la ciudad?”. Se acercó a las casas y apenas vio algún hombre, siguió caminando, y llegó a las puertas de un colegio donde un grupo de niños, al verla, exclamaron: “¡Una perrita!”. La acariciaron y la invitaron a jugar, y ella corría, corría, y cogía la pelota con la boca dándosela a los niños.

Los niños llamaron a su maestra: “¡Seño, seño!, ha entrado una perrita y juega con nosotros”.

Finalizó el recreo y enseguida la hora de clase para volver cada niño a su casa. La maestra les dijo: “¿Qué hacemos con la perrita? Como sus dueños la estarán buscando, enviaremos un anuncio al periódico para que se enteren de donde está y vengan por ella. En el colegio no la podemos dejar, tendrá miedo, y habrá que darle de comer. ¿Quién de vosotros puede llevarse a la perrita a su casa, para que coma y pueda dormir?”. “¡Yo!”, decía Juanjo; “¡yo!”, decía Marisa, y así exclamaban algunos más. Decidieron que se la llevase Juanjo, porque su casa tenía una terraza y allí podía dormir.

Al día siguiente, por la mañana, llegó Juanjo con la perrita y así se sucedió el resto de los días: cada día se la llevaba un niño o una niña a su casa, porque los dueños no fueron por ella.

Pero “¿cómo se llamará?”, decían los niños. “Pensad cada uno un nombre”, les dijo la Seño. “Tula”, decía Pepe. “Rita”, decía Nuria. “Y ¿por qué no *Chiqui*?”, dijo Paqui, “es muy pequeñita”. “Sí, este nombre le va bien”, dijeron la mayoría, y así se quedó con este nombre.

La Seño se trasladó a otro colegio de la ciudad, y les propuso a los niños llevar a la “Chiqui” consigo. Con

cierta pena, porque no estaría con ellos, pero contentos y seguros de que la Seño la cuidaría muy bien, aceptaron.

La Seño vivía con su mamá, ya mayor, un poco sorda, y la “Chiqui”, que era muy cariñosa y muy lista, le hacía compañía mientras su hija estaba en el colegio. Sonaba el automático y rápidamente se dirigía a él, y, después de esperar en la puerta por ver quién llamaba, si doña Ascensión no acudía, le llamaba con su propio lenguaje. La misma operación hacía cuando sonaba el teléfono.

A la Seño, ¡cuánto la quería!; si estaba enferma, se colocaba a los pies de la cama y solamente la dejaba sola cuando tenía que comer o salir al paseo necesario de la mañana y tarde.

Un día les regalaron un gato; se llamaba Jorge; había que amamantarlo con un biberón especial, pero lloraba porque no estaba con su mamá gata. La “Chiqui” le miraba con curiosidad y luego con cariño. El gato se acurrucaba en su barriguita, le chupaba la tetilla y así se dormía tranquilo, jugaba con la “Chiqui” como si fuese su mamá.

Cuando se hizo mayor, lo llevó la Seño a su torre porque en la casa había ratones; al ver que la “Chiqui” se marchaba, el gato lloraba amargamente y ésta se quedó con él hasta que se acostumbró a estar solo.

Los fines de semana la Señó y su mamá los pasaban en la torre y Jorge salía a esperarles muy contento; durante su estancia, la “Chiqui” y Jorge jugaban hasta cansarse.

Pasaron los años y la “Chiqui” se fue haciendo una viejecita y un día de Nochebuena se murió en una camita a la vera de doña Ascensión.

La Señó prometió no tener otra perrita por fidelidad al cariño de la “Chiqui”.

Doña Ascensión, en ocasiones, preguntaba por la “Chiqui”.

La enterraron en la torre, al lado de una celinda. En la primavera la celinda se llenaba de flores blancas derramando su perfume sobre la tumba de la “Chiqui”, y en verano le daba una cariñosa sombra.

La niña que quería ser jotera

por

María Jesús Gimeno Gracia

Vicentita era un encanto de niña, buena, cariñosa y alegre como un cascabel. Vivía en un remoto y pequeño pueblo de Aragón, que como decía, era tan pequeño que casi no había habitantes; por lo tanto, tampoco había casi niños.

Su mayor ilusión era poder bailar delante de su rey Alfonso XIII. Como casi no había niños de su edad y a los que había no les gustaba bailar la jota, Vicentita estaba siempre muy pensativa y un poco triste. Su buen padre, al verla sin alegría, sólo pensaba qué podría hacer para consolarla, pues el buen hombre bastante preocupación tenía para poder sacar adelante a su numerosa familia.

La niña pensaba quién podría ser su pareja de baile; en esos pensamientos estaba cuando, de pronto, entró su padre lleno de alegría, pues ya había encontrado la solu-

ción, porque, después de tanto pensar, no se había dado cuenta de que tenía resuelto el problema dentro de su propia casa.

Como había dicho, eran muchos hermanos y uno de ellos era el ideal para hacer de pareja suya. Al comunicárselo a Vicentita, a ésta se le iluminó la cara de alegría y, ya todo resuelto, se pusieron a hacer planes, pues tuvieron que empezar a aprender a bailar juntos.

Tal fue el entusiasmo de los dos hermanos, que en poco tiempo eran ya unos grandes jotos y empezaron a presentarse a concursos de jota, hasta que un día les llegó su mayor alegría y su recompensa, pues consiguieron quedarse campeones de España.

Pero el día más maravilloso de su vida fue cuando les llegó la noticia de que los llamaban para bailar delante de su rey (como ella decía) Alfonso XIII.

Vicentita logró lo que siempre había soñado; lo que demuestra que el que tiene ilusión y pone tesón en lo que quiere, consigue sus deseos. Por eso, ella fue una niña muy feliz.

El molinero y el asno

Cuento tradicional, recogido por

Elisa Gracia India

del libro de Leandro Lora, editor, colección "Fábulas troqueladas"

En cierta ocasión, un molinero y su hijo compraron un asno en la feria del pueblo.

De regreso a casa, el molinero dijo a su hijo: "Es un animal excelente, pero su anterior dueño lo tenía mal alimentado. Será mejor que los dos vayamos a pie."

–¡Vaya par de tontos! –dijo a su hermana la hija del granjero cuando los dos molineros pasaron junto a su granja.

–Tienes razón en llamarlos tontos, hermanita –dijo la otra niña–, tienen un asno y los dos van a pie.

Y las dos muertas de risa se burlaron del molinero y de su hijo.

El molinero, que había escuchado el comentario de las dos niñas, hizo subir a su hijo sobre el paciente animal.

–Creo que podrá soportar tu peso sin fatigarse demasiado –dijo–; no hay duda de que esas muchachas tenían razón, ¿por qué hemos de ir los dos a pie disponiendo de un animal de carga?

Poco después, al pasar junto a un campesino que estaba recogiendo patatas, escucharon que éste comentaba:

–¡Qué poca consideración tiene ese pequeño! ¿Cómo puede permitir que su padre vaya a pie mientras él va montado en el asno?

El hijo del molinero, avergonzado, se bajó del animal para que su padre ocupara su lugar.

Al poco rato, una mujer que iba a buscar agua al río, se encaró con el molinero diciendo:

–¿Cómo puedes ser tan egoísta? ¡Ningún hombre de buen corazón permitiría que su hijo fuera andando mientras él, bien descansado, va montado sobre el asno!

–¡Uh! –dijo el molinero–. ¡Sube tú también!

El asno, cargado con el muchacho y su padre, fue haciendo trabajosamente su camino.

–Pronto llegaremos a casa –dijo el molinero al sudoroso animal– y allí podrás descansar de tus fatigas y recobrar las fuerzas con una buena ración de pienso. Ya falta

muy poco para llegar al molino. Sólo tenemos que cruzar el bosque.

Cuando ya estaban llegando al molino, un hombre se encaró con los dos viajeros diciendo: “¿Es que no tenéis compasión? ¿Cómo cargáis de ese modo a este pobre animal? Sin duda vuestro corazón es más duro que una piedra”.

–¡Ya basta! –se enfadó el molinero–. Sigamos adelante, hijo mío, y no hagamos caso de comentarios ajenos.

–En lo sucesivo –añadió el molinero–, me alaben o me critiquen, haré lo que me parezca.

–Me parece bien, padre –dijo el hijo.

–Esto te enseñará, hijo –sentenció el molinero–, que es muy difícil contentar a todos pues, por bien que hagas las cosas, siempre habrá quien te critique.

El patito Patachín

por
Joaquín Gros Calvo

Al otro lado de la aldea, alejada de la escuela, vivía una pareja de patos con su hijito, al que le llamaban Patachín. Patachín, como todos los pequeños, era travieso, juguetón, atrevido, díscolo, listo, alegre y cariñoso con sus padres.

La escuela, aparte de quedarle al otro lado de la aldea, le parecía una pérdida de tiempo. La maestra se esforzaba en hacerle aprender las primeras letras. Patachín, siempre que encontraba buena oportunidad, “volaba” de la escuela y se iba con sus fantasías hacia el bosque, por el que correteaba y observaba a otros animalillos.

La maestra se agotaba de enseñarle el “cua..., cua..., cua”, pero él respondía sin atención: “qui..., qui..., qui”, y no aprendió jamás sus “primeras letras”. Sus padres se enfadaban y le castigaban sin chocolate los domingos.

Un día se fue “a nidos”, y, observando los árboles, vio un saltamontes que, ágil y veloz, saltaba delante de él. Le picó tanto la curiosidad, que lo persiguió hasta que una valla metálica que rodeaba la granja le apresó pico y patas, por no haber visto al saltamontes que se encontraba al otro lado, libre de sus ataques.

Pasaban las horas y Patachín seguía sin poder desasirse del cepo que le puso la “mala fortuna”. Patachín perdía la esperanza, y más, cuando, tras grandes lamentos y sollozos, llamaba a sus padres: “¡Quiiii..., quiii..., quiii!”. Pero por más que gritaba, no venían en su auxilio.

Pasó un perro –Rufus–, conocido de Patachín, amigo de correrías, y el patito le pidió que llamase a sus padres, ya que a él, ya cansado y entristecido, no podían oírle, y, en cambio, al otro, a Rufus, con toda probabilidad, por sus fuertes fauces y ladridos, le oirían más y mejor.

Rufus le contestó a Patachín: “Yo, a mis papás, les llamo ‘guauuu..., guauuu..., guauuu...’, y no sé decir ‘cua..., cua..., cua...’, ya que no me enseñaron a llamarles así”.

Pasó un gato, y tampoco sabía llamar a los papás de Patachín, porque le habían enseñado: “miauuu..., miauuu..., miauuu...”.

Pero Rufus entendió la necesidad y la ignorancia de Patachín, y, veloz, fue a avisar a los padres para que pudieran rescatarle del tremendo embrollo en el que se había metido.

Llegaron los padres y le salvaron del enredo entre caricias y consuelos, mientras le hacían ver lo necesario que era aprender todo lo que doña Patita, su maestra, le decía y le enseñaba, por lo útil y necesario para ir por la vida.

Desde entonces, Patachín puso atención en la escuela; jugó con sus compañeros; no fue “a nidos”, y llegó a ser un patito de provecho.

Y, colorín colorete, por la chimenea salió un cohete: “Psiiiiiiiiiiii..... ¡pum!”.

Un coche fantástico

por

Teresa Larena Guillén

En una época no lejana existió un coche, de características normales, pero que tenía algo muy especial. Me refiero a las vivencias y momentos deliciosos que pasó junto a sus dueños; es lo que os voy a narrar.

Pertenecía a una familia que estaba compuesta por dos hermanos (una niña que era la mayor y un niño más pequeño) y sus padres.

Cuando los niños subían al coche, él se sentía feliz; los llevaba al colegio todos los días; les escuchaba cómo hablaban de sus amigos, de sus profesores; les oía reír en muchas ocasiones... También sabía de sus preocupaciones y sus nervios en días de exámenes. Más tarde, se sentía dichoso al oírles decir alegremente: “¡Mamá, papá, hemos aprobado!”.

El recuerdo más bonito que guardaba era de cuando llegaban los días de vacaciones, en que salían de excursión. Los árboles que había junto a la carretera pasaban rápidos a ambos lados del coche; quedaban atrás los campos de mies que ya estaban a punto de ser segados. Por último tomaban una carretera de montaña que les llevaba serpenteando hasta la cima a través de verdes pinos. El espectáculo del paisaje que se divisaba desde allí era realmente maravilloso: un río surcaba el verde valle y frondosos árboles llegaban hasta sus orillas. La suave brisa refrescaba del calor, que ya se empezaba a sentir a esa hora.

Mientras los niños jugaban y correteaban, los papás iban organizando la comida que llevaban ya preparada. Pasaban allí el día, disfrutando de aquella paz que se transmitía a través de la naturaleza en calma. A última hora de la tarde regresaban a casa; iban cantando canciones populares y el coche corría y corría... Estaba contento por llevarles rápido y veloz (diríase que tenía alas), hasta su casa. Se sentía muy unido a ellos, feliz por haber contribuido a que todo hubiese resultado fabulosamente bien. Era el final de un día inolvidable.

El regalo de Navidad

por

José Larraga Carreras

Érase una vez una muchachita, casi una niña, que vivía con su abuelita en una casita en las afueras de la ciudad con un corral y un jardín, rodeada de muchos animalitos –perros, gatos, conejos, gallinas y hasta una pata que ponía huevos– con los que se pasaba jugando horas y horas. Margarita, que así se llamaba la jovencita, vivía así muy feliz, ajena al mundo que la rodeaba. Era menudita, rubia, tenía los ojos azules y un carácter bondadoso y dulce.

Un buen día, las autoridades decidieron que tenía que abandonar su casa e ir a vivir a la ciudad. “¿Qué haré yo si no sé jugar con nadie sino con mis amigos los animalitos? Y ¿qué vamos a hacer con ellos?”.

Pero no hubo tiempo para más; los tuvieron que repartir entre los vecinos y marcharon a la ciudad a una

vivienda diminuta, oscura, triste y solitaria. Tuvo que dedicarse al cuidado de su abuelita y a seguir los estudios que por su edad le imponían las leyes del lugar. No le gustaba absolutamente nada. No era feliz, mas bien se sentía desgraciada.

Mientras otras chicas de su edad disfrutaban con la amistad de otros chicos y chicas, y participaban en juegos, bailes y fiestas, ella se sentía sola y triste porque añoraba sus animalitos, que habían sido sus compañeros de juegos a lo largo de su vida.

Pero he aquí que conoció a un chico –Ernesto se llamaba– mucho más mayor que ella; no era tan guapo ni tan apuesto como los otros chicos con los que trataba pero la escuchaba y la comprendía y animaba, y, además, despertaba en ella una gran admiración y un sentimiento muy especial por su sinceridad y sensatez y porque siempre le hablaba de sus proyectos, sus fantasías, y porque le contaba historias que él leía (era muy aficionado a la lectura y leía muchos libros de aventuras).

Como él se daba cuenta de que se estaba enamorando de ella y la veía tan jovencita, buena e inocente, pensó: “Me iré a otras tierras para hacer fortuna y cuando lo consiga, volveré y le ofreceré mi amor”. Se despidió de ella sin ningún compromiso ni promesa, y partió.

Pasaron los años y la niña se había convertido en toda una señorita, menudita, bella, dulce y bondadosa, por lo que los mozos del lugar la cortejaban, pero ella rechazaba todas las proposiciones con toda delicadeza.

Su abuelita la reprendía y le decía: “Tienes que aceptar a alguno de tus pretendientes; son buenos partidos y yo soy muy vieja; pronto moriré y quedarás sola y desprotegida; ¿qué será de ti?”. Mas ella seguía en su tristeza y soledad. Su único motivo de vivir era el cuidado de su abuelita anciana, la nostalgia de su niñez y la esperanza de que aquel amigo que tanto la comprendía apareciese un día en su vida.

Un invierno muy frío su abuelita murió y ella se quedó más sola todavía. Por las noches lloraba y rezaba para que su amor secreto viniera a buscarla.

Al cabo del tiempo, al atardecer del día de Navidad, llamaron a su puerta. Era un caballero, con una espesa barba y aspecto guerrero, que al principio la asustó. La llamó por su nombre y la saludó. Ella no le reconocía, mas él se acercó y le dijo: “Soy yo, tu amigo Ernesto. ¿No me reconoces?”. “¡Oooh!... ¡Ernesto!”, gritó. Se lanzó a sus brazos y lloró de emoción y de alegría.

Él le explicó que siempre la había amado, que deseaba pedirle su amor, pero que su profesión encerraba peligros y ausencias, aunque en poco tiempo podría dedicarse por

entero a ella. Le propuso que le esperase un poco de tiempo más, pero ella también le confesó que le amaba, que le había esperado con ilusión y que se encontraba sola y que deseaba de todo corazón ir con él y compartir sus peligros y su vida el tiempo que fuese necesario.

Aquella misma noche, en la misa de Navidad, se casaron y partieron al día siguiente.

Juntos recorrieron medio mundo, tuvieron muchos hijos y fueron inmensamente felices; hasta que un día pudieron cumplir su sueño. Compraron una granja con muchos animales, jardín y terrenos de cultivo, donde transcurrieron los años en compañía de sus hijos.

Y así, con el gran amor y la protección de su fiel y valeroso esposo, el calor de su numerosa familia y la compañía de sus añorados animalitos, daba gracias al Cielo por el regalo recibido en aquella Navidad.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Cuento de Navidad

Por

Luisa Lasheras Sancho

“¡Hola! Soy Sebastián y le voy a contar un cuento a mi abuelita por ser Navidad.”

En una ciudad muy grande vivían Manuel y Víctor. Eran dos niños muy buenos y obedientes. En el colegio estudiaban mucho y tenían buenas notas. Sus padres estaban muy contentos.

Cuando llegaban las vacaciones de Navidad se trasladaban al pueblecito donde vivían sus abuelitos, que tenía un bosque y por el que pasaba un río, al que iban con su abuelito a pescar. También paseaban con otros niños por el bosque en bicicleta y, cuando llegaba la noche, se reunía toda la familia junto al fuego, donde quemaban muchos leños. Allí, la abuela les contaba historias, a la vez que asaba castañas y les hacía palomitas de maíz.

Cuando los niños tenían que volver a la ciudad, los abuelos se ponían muy tristes. Manuel y Víctor lloraban. Querían que fueran con ellos a la ciudad, “a su casa”. Pero los abuelos no querían dejar su casa. La ciudad les asustaba mucho. Y para que los nietos se fueran contentos y se acordaran de ellos, les regalaron una paloma a cada uno.

Cuando llegaron a su piso, fueron a comprar una jaula. Manuel y Víctor les daban la comida y las mimaban mucho, pero un día, nadie sabe cómo fue, “volaron”. Manuel y Víctor se entristecieron.

Regresaron al colegio y fueron pasando los días hasta que, por fin, llegaron las vacaciones de verano. Como todos los años, fueron a pasarlo con los abuelitos y la sorpresa fue enorme al ver a las palomas en su palomar. El verano transcurrió felizmente y cuando tuvieron que regresar a la ciudad, los abuelos quisieron regalarles nuevamente las palomas, pero Manuel y Víctor pensaron que estaban mejor en su palomar, “en su casa”. A los abuelos les pareció muy bien, porque así tendrían compañía hasta que ellos volvieran.

¡Y colorín colorado, la Navidad se ha acabado!

“¡Abuelita, abuelita...! ¿El cuento te ha gustado?...

Sebas”.

La mesa

por

Juana López Sánchez

Una vez, entre las patas de un pajarillo, fui a parar a la orilla de un arroyo; allí en el ribazo, florecí en primavera, empecé a echar hojas y hojas hasta convertirme en un árbol precioso, y solían venir para sentarse o descansar a la sombra.

En el mes de julio, empecé a dar frutos en pequeñas cantidades que me cogieron en el mes de octubre porque ya estaban maduros.

Así pasé unos cuantos años; como crecí mucho, un buen día decidieron cortarme; me llevaron a serrar a una carpintería, y de allí salí con forma de mesa.

La mesa de “nogal” era una maravilla. Llegué a una escuela; los niños me pisaban, escribían, me echaban manchas de tinta, hasta la maestra para poner orden me daba

con el puntero; por fin me rompieron una pata. Ya coja, me llevaron a un desván; allí me caía el polvo y las telarañas, los únicos que me respetaban eran los ratones, que no me mordieron nunca.

Cierto día una señora me bajó del desván; me cortó las tres patas y con ellas me hizo la que me faltaba. Esta señora me llevó a su gran comedor, allí fui feliz, me pusieron un cristal, pero a los niños pequeños siempre les decían: “no pongáis las manos en el cristal que se ensucia”, y cuando tomaban café o té siempre me ponían mantel.

Y allí, frente al televisor, soy feliz, feliz a pesar de que cuando comen “nueces” me pongo triste.

Mari Pepa y la luna

por

María Antonia Martín Zorraquino

Había una vez una niña que se llamaba Mari Pepa. A Mari Pepa le gustaban las muñecas, las tabas, la comba, las pelotas y..., sobre todo, la luna. Veía la luna desde la ventana de la cocina. La miraba con los ojos bien abiertos: una luna redonda, redonda; brillante, brillante... Su niñera le daba de cenar y le cantaba:

“Luna, lunera,
cascabelera...
Métete en casa
por la escalera...”

Y Mari Pepa, antes de acostarse, se asomaba a la escalera para ver si había subido la luna hasta la puerta...

Algunas veces, Mari Pepa le decía a su niñera: “¿Por qué hoy no está la luna redonda?”. “¡Ah! –le contestaba–,

porque la luna es como un queso: unos días lo vemos entero, pero otros, solo podemos comernos un trozo”. “¡Ah, bueno!” –se conformaba Mari Pepa.

Pero... una noche..., ¡ay!, una noche Mari Pepa no veía la luna por ningún lado. “Tata, tata” –gritaba–, “¡que no está la luna, que la luna s’ ha ‘scapao! ¡Ay, ay! ¡Ay qué pena más grande!”.

Pobre Mari Pepa. No paraba de llorar. Y así, una noche y otra noche... Y nada... La luna, que no aparecía... Su niñera la consolaba: “En este mundo todo tiene arreglo. No hay mal que cien años dure. Hay un tiempo para llorar, y otro, para reír... Todo acaba bien. Ya verás”.

Siete largos días y siete largas noches tardó en volver la luna a colgarse en el cielo.

“Tata, tata” –gritaba la niña, loca de contenta–, “que ha vuelto la luna... Que ya ’stá otra vez en el cielo... Es verdad, es verdad... Todo s’ h’ arreglao...”.

Y la niñera le volvía a cantar:

“Luna, lunera,
cascabelera...
Métete en casa
por la escalera...”

La estrella de Quique

por
Lida Omella Arranz

¡Qué feliz iba Quique de la mano de Dana! (casi tan cariñosa como su mamá). La estrella era tan bonita... La había hecho él solito, bueno, un poquito sí que le ayudó su “seño”. Lo cierto era que había quedado como quería y seguro que le iba a servir...

Todo comenzó cuando Marta, su “profe” (casi tan guapa y alegre como su mamá), anunció que tenían que confeccionar el trabajo de Navidad. Ya con el papel de aluminio entre sus manos, quedó hechizado ante la multitud de puntitos brillantes que aparecían y desaparecían al doblarlo y retorcerlo. Ahora, con la obra terminada, notaba los latidos de su corazón mientras pensaba en lo que poco más tarde sucedería. Tal era su nerviosismo que apretó con más fuerza la mano de Dana. Ésta, al notar la opresión, se inclinó hacia Quique y le preguntó:

–¿Quieres algo, mi *dragâ*?

–No, es que tengo tantas ganas de llegar a casa...

–¡Ay, *bâiatud meu!*, pronto será.

El abuelo Juan le contaba mil historias. Una noche de verano, mirando el cielo, comenzaron a ver cómo algunos luceros se movían de un lugar a otro para perderse en la oscuridad. El abuelo Juan le dijo: “Son estrellas fugaces; cuando percibas sus destellos puedes formular un deseo. Éste se cumple”.

“El abuelo Juan –pensaba Quique– sabe mucho. El abuelo Juan no se equivoca nunca”.

Aquella tarde no protestó ni por tener que recoger los juguetes, ni por salir de la bañera. Tampoco hizo preguntas cuando Dana acabó de leerle el cuento de la tarde. Cenó con tal rapidez, que ésta quedó desconcertada. Quique sólo soñaba con su momento mágico. Se dirigió con celeridad hacia la habitación, abrió la cartera y sacó la estrella; subió a la cama y bajo un aplique comenzó a moverla como si fuera un avión: para arriba, hacia delante, por ese lado...: ¡su estrella le entendía! ¡Qué de luces le mandaba! Aquello funcionaba. Había llegado el momento. Quedó unos segundos en silencio antes de susurrar: “Que sea mamá la que me dé el desayuno, la que

me lleve y traiga del ‘cole’, la que me lea los cuentos al atardecer”.

Entre sueños oyó las voces algo excitadas de sus padres, que llegaban a casa hablando de cosas raras como regulación de empleo, paro, indemnización...

Cuando su madre fue a darle un beso, le musitó: “Voy a estar contigo mucho, mucho tiempo”. Pero Quique no la escuchó. Dormía plácidamente sonriendo. En la almohada brillaba una estrella.

Nota para el lector: la niñera de Quique es rumana y le dirige expresiones de cariño en su propia lengua.

La ardilla traviesa

por
Ana Portolés Larrodé

Amanecía y, en la espesura del bosque, apenas se escuchaba la respiración tranquila y acompasada de sus moradores. Los árboles se alzaban altos y majestuosos y estaban expectantes ante cualquier movimiento.

En este misterioso y maravilloso entorno, comenzaba un nuevo y apasionante día, con su incipiente claridad que poco a poco adquiriría un tono rojo como el fuego. Todos los animales empezaban perezosamente su trasiego cotidiano y los árboles les saludaban agitando suavemente sus hojas, como invitándoles a reincorporarse a su trabajo.

Aunque todo parecía igual que el día anterior, sin embargo, había ocurrido un pequeño y maravilloso suceso. Esa misma noche, había nacido una ardillita, que apenas podía mantener el equilibrio; se alzaba sobre sus delgadas y temblorosas patitas e inmediatamente volvía a

caer, pero tenazmente volvía a ponerse en pie. Su madre la miraba con gran amor y comprensión, con esa mirada dulce y cálida que sólo puede tener una madre.

Fueron pasando los días y todo parecía seguir su curso normal. Nuestra amiguita crecía fuerte y muy atenta a todo lo que sucedía a su alrededor. Le gustaba jugar con los ciervos, con las gacelas, con los conejitos y muchos amiguitos más que tenía.

Un día, tan distraída estaba jugando, que se hizo de noche y no se dio cuenta de que se había alejado de su casa. Comenzó a caminar y a alejarse cada vez más de su hogar. Anduvo durante horas, sin ver por dónde caminaba y, cuando el cansancio y el hambre se apoderaron de ella, se acurrucó a los pies de un frondoso roble, y allí se quedó profundamente dormida.

A la mañana siguiente, le despertó una gran algarabía de aleteos, trinos, cuchicheos y susurros. Abrió lentamente los ojos, y se quedó asombrada al ver una gran cantidad de curiosos que pululaban a su alrededor, que la miraban asombrados y con cierto aire de curiosidad preguntándose de dónde vendría esa criatura, ¿cómo habría llegado allí?

Las aves del paraíso (este es el nombre que recibe una especie de pájaros de colores bellos y recargados) fueron las primeras en dirigirse a la ardillita y preguntarle cómo

había llegado hasta el gran árbol de los milagros. La ardillita asustada, relató su aventura. Estaba desolada y comenzó a llorar; entre sollozos, les manifestó el dolor que tendría su madre y que estaría buscándola por todos los lugares.

Como no sabía de dónde procedía, tuvo que relatarles detalladamente dónde vivía, cómo era su entorno; les explicó que vivía en un verde valle rodeado de altísimas montañas y de su queridísimo bosque.

Al escuchar el relato de la afligida ardillita, todos los animales allí reunidos decidieron ayudarle. Llamaron al águila real y le explicaron que necesitaban su ayuda para encontrar el hogar de la asustada criatura. El águila, tras meditar unos momentos, decidió ayudarles. Se irguió majestuosa y alzó el vuelo en busca de ese paisaje tan hermoso y querido por la ardillita.

A la traviesa criatura, le prepararon un succulento desayuno compuesto por nueces, bayas, frutas de carne blanda, etc. Y, ya repuesta con el descanso y la comida, decidieron ponerse en camino.

El águila no daba señales de vida y por eso decidieron que harían etapas cortas. En este grupo iban ciervos; estas gráciles criaturas son veloces, y muy ágiles saltando obstáculos, por lo que decidieron salir en todas direcciones, para encontrar la casa de la ardillita.

Pasaron cerca de un gran río y, como tenían sed, se acercaron a la orilla para beber agua; en esto estaban, cuando se les acercó un castor muy robusto y les preguntó curioso que adónde se dirigían. Le explicaron la historia y él se ofreció para talar un árbol (que había muerto hacía algún tiempo) para deslizarse corriente abajo, y así hacer un viaje más cómodo. Aceptaron porque desconocían cuánto tiempo les podría llevar la búsqueda.

Se subieron al tronco talado la ardilla, unos ciervos, varios pájaros, conejos, ardillas, dos gacelas, algunos frailecillos y también se sumó al grupo una libélula muy hermosa de bellísimos colores, con el cuerpo delgado y las alas transparentes, como gasas. Volaba de un extremo a otro del gran tronco seco, con impresionante sonido al volar.

Se deslizaban despacio río abajo, cuando se cruzaron con un grupo de cisnes blancos y de picos color naranja, que les saludaban alegremente; éstos les escoltaron durante un trecho, pues ya sabían la historia por el águila que había pasado volando y, al verlos, bajó para preguntarles si alguien se había interesado por una ardillita que se había perdido. Éstos negaron, pero le prometieron que ayudarían en lo que pudieran.

Así, llegaron a un lugar del río que empezaba a ser peligroso, ya que, a unos metros, había un desnivel de las

aguas y empezaban los rápidos. Decidieron saltar a tierra firme.

Acamparon para comer y descansar. Pasado un largo tiempo, y no sabiendo muy bien hacia dónde se dirigían, emergió de entre los árboles un colibrí de plumaje brillante de color topacio, que les informó de que había visto al águila que se dirigía hacia el norte, y que él les acompañaría. Así que, más animados, decidieron seguir el camino.

Estaba ya próxima la noche cuando vieron al águila volando victoriosa y que se dirigía hacia ellos; se les acercó radiante y les informó que había encontrado a la afligida madre, la cual, sabiendo de la suerte de su adorada hijita, se le abrazó sollozando de alegría y de reconocimiento.

Al poco tiempo, el águila, la libélula, las aves del paraíso y el colibrí volaban raudos para advertir a la madre de que la comitiva estaba cerca.

La madre salió presurosa al encuentro de su hija y cuando, al fin, se vieron, se fundieron en un abrazo emocionado y amoroso.

Desde entonces nuestra traviesa ardillita tiene muchos más amigos con quien jugar, puesto que todos ellos se quedaron a vivir muy cerca de las dos ardillas.

La jirafa del cuello corto

por
Concepción Rico Bernabé

Hace dos años, en una mañana calurosa y alegre, en África, nació una jirafa con el cuello corto.

Todo el mundo se reía de ella. La pobre jirafa tenía que comer del prado verde y no de los árboles, como todas las jirafas.

No tenía donde dormir; bueno, sí: en la cueva de su amigo el oso panda.

La jirafa tenía las patas cortas y manchas por todo el cuerpo de colores oscuros. Su amigo el oso panda era negro y blanco, redondete, suave, muy comilón y muy perezoso.

Por la noche, en cuanto se cansaron de dormir, la jirafa oyó unos ruidos muy extraños que provenían del fondo de la cueva:

–Jooo... jooo... De repente, se dio cuenta de que los ruidos los hacía el oso roncando. Hacía tanto ruido y le molestaba tanto que se levantó y se fue a dormir al último rincón, pero aún así seguían sonando y le costó coger el sueño hasta el amanecer.

Al día siguiente el oso dijo

–Bal, baal, uf. ¿Qué tal has dormido, amiga?

–Bueno, bien...

–Vamos a comer que estoy muerto de hambre; hoy comeré hojas de bambú: todas las que pueda.

–Y ¿qué es eso?, preguntó la jirafa.

–Son unas hojas deliciosas, como azúcar, que comemos los osos panda.

Y, mientras hablaba, la boca se le hacía agua y los ojos se le ponían redondos, redondos...

–Hasta luego, amigo –dijo la jirafa. Y se fue al trote de sus patas cortas a buscar las hierbas del prado, que estaba un poco lejos.

De camino, al pasar junto al río, se le acercó un cocodrilo que se burló de ella.

–Jirafa, qué cuello más corto tienes... y tus patas..., ¿dónde están, pues apenas las veo?

Molesta la jirafa y más que harta de oír siempre lo mismo y de que todos, excepto su amigo el oso panda, se burlaran de ella, le dijo:

–Déjame pasar, pero la próxima vez que te rías de mí... te empujaré y verás la que es buena.

El cocodrilo se alejó y le preparó una trampa, en la que la descuidada jirafa cayó presa.

–¡Ah!... ¡ay, ay, ay...! ¡Socorrooooo!...

El oso, que estaba muy lejos de allí, oyó sus gritos.

–Pero ¿qué es esto? Parece la voz de mi amiga jirafa. Voy a ver qué pasa y a ayudar a mi amiga jirafa si me necesita.

El cocodrilo seguía burlándose infamemente:

–Jirafa de cuello corto, ¿cómo vas a salir de ahí? ¡Estás presa en mi trampa! Ja... ja... ja.

De un salto el oso panda se plantó detrás del cocodrilo, muy enfadado, y diciéndole: “Nadie se burla de mi amiga la jirafa”. Arremetió contra él y de un golpe lo mandó al otro lado del río, contra un frondoso árbol. El cocodrilo quedó aturdido y el oso salvó así a su jirafa.

Cuando el cocodrilo volvió en sí, vio que su cuerpo estaba escurrido y escamoso, blando como un pez y que tenía un montón de dientes rotos; todo asustado y avergonzado, se arrastró como pudo y, mientras se alejaba, oyó de lejos al oso panda:

—¡Quien ríe el último, ríe mejor!

NANA

Recogida, adaptada y reelaborada por
Concepción Rico Bernabé

Duérmete, mi niño, duérmete,
que papaíto se fue al mar y pronto volverá.
Si mi niño se durmiera, yo le daba medio real,
y si se despertara, se lo volvería a dar...
A la na, na, na, na, na, na, na.
Este niño lindo que nació de noche,
quiere que lo lleven a pasear en coche.
El coche está roto.
El cochero, manco.
Y los caballitos comen en el campo.
El padre del niño se fue a Villafranca,
y el aire solano lo empujó a casa.
A la ro, ro...
Este niño bueno se quiere dormir
con un ojo solo, en el mes de abril.
Perejil y cilantro y alcaravea,
tiene mi niño un pelo que le hermosea.

Luis y el grillo

por

Jesús Zapatero Pedroviejo

En el centro de un país, que era muy grande, muy grande, había un pueblecito muy pequeño, muy pequeño. Un río muy bonito, con un agua muy cristalina, y muchos pececillos, atravesaba el pueblo, y había varias pasarelas que permitían cruzar de una orilla a la otra.

Por un lado del pueblo había campos de cultivo y por el otro lado había bosque.

Los niños que vivían en el pueblo se lo pasaban muy bien, ya que, si iban al río pescaban barbos y bogas; si iban al bosque, podían contemplar las numerosas ardillas jugueteando con las piñas, y si iban al campo, podían coger mariposas y también veían a los pajarillos.

Las noches de luna llena, en verano, oían cantar a los grillos, y eso era como una llamada de atención para acercarse al sitio donde estaban cantando.

Luis, Antonio y Pepe eran tres niños muy amigos. Luis era un poco travieso y le gustaba hacer diversas trastadas con los animalitos, y también coger grillos.

¿Sabéis cómo los cogía?

Vamos a seguirle en una de sus travesuras.

Una noche, cuando se había hecho el silencio y el grillo empezó a cantar –gri, gri, gri–, se acercó muy sigilosamente al sitio de donde salía el ruido; echó un poquito de agua al agujero de la boca donde éste estaba y el insecto salió un poco asustado. Luis lo cogió con las manos y lo metió en una pequeña caja, a la que había hecho algunos agujeros para que el grillo pudiera respirar.

Pensaba que así podría hacerle cantar cuando él quisiera. Pero..., pasaban los días y los días y el grillo estaba como triste y no cantaba. Luis se enfadaba con él porque no cantaba y se lo decía a sus amigos.

Algunos días más tarde, Antonio, otro de los niños, que sabía dónde había dejado la caja Luis, fue por ella; cogió al grillo y lo volvió a dejar en el campo, en la casa de dentro de la tierra donde lo había cogido su amigo.

Por la noche les dijo a los otros dos niños que el grillo iba a cantar y se apostó unas golosinas con ellos.

Cuando se hizo de noche se acercaron al campo y, efectivamente, el grillo estaba cantando y oyeron cómo decía “Gracias, Antonio, por haberme devuelto la libertad, y dile a tu amigo que no haga travesuras. Que juegue con otros grillos de madera. ¡Yo cantaré para ti y para todos vosotros todas las noches del verano!”.

Los niños se pusieron muy contentos y siguieron yendo todas las noches de luna llena a escucharle.

Una tarde de un día de verano, que hacía mucho calor, empezaron a salir nubes, muchas nubes; se iba poniendo el cielo negro; se levantó un fuerte viento y empezó a llover.

Los niños, para no mojarse, estaban refugiados en casa de Antonio.

Cuando terminó de llover salieron a jugar pisando todos los charcos y se fueron al campo. Pasaron por donde los grillos cantaban y vieron cómo la lluvia había roto la casa de la tierra; había un gran charco y encima de él vieron flotar una pequeña mancha negra parduzca. Se dieron cuenta de que era el grillo, que no había podido resistir la fuerza del agua, y se pusieron un poco tristes.

Pero a la noche siguiente, una vez que se habían secado las tierras de la tormenta del día anterior, al pasar cerca de aquel lugar volvieron a oír el gri, gri, gri de otros grillos con los que la tormenta no había podido.

Los niños se pusieron muy contentos. Luis ya no volvió a coger grillos ni a encerrarlos en una caja, ya que se dio cuenta de que los animalitos tienen que vivir en la naturaleza, en un ambiente de libertad.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Este libro se terminó de imprimir
el 9 de octubre de 2003
en los *Talleres Editoriales Cometa, S.A.*,
de Zaragoza.



UNIVERSIDAD DE LA EXPERIENCIA DE ZARAGOZA [UEZ]

Patrocinan



Organizan



UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA



Patrocinio de este volumen